

MÁS ALLÁ DE LA *Pérdida*

¿Alguna vez has llegado a un punto de quiebre, donde la vida parece agotar hasta la última de tus fuerzas? Fue el momento en que las preguntas sin respuestas inundaron mi mente: ¿Por qué a mí? ¿Cómo puede ser que, siendo cristiana y sirviendo a Dios, Él me permita atravesar este desierto tan doloroso? Este libro no es solo mi historia; es el testimonio palpable de que, sin importar cuán rota te sientas, la transformación en medio del proceso es real. Es la prueba de que las pruebas están diseñadas para forjar una fe inquebrantable.

Desde muy niña, mi corazón albergó un sueño persistente: ser madre. Amaba jugar con mis muñecas como si fueran mis hijas e, incluso, llegué a fantasear con ser gineco-obstetra (aunque la realidad es que la sangre me aterroriza). Era un anhelo profundo de formar un hogar. Este deseo se forjó también en medio de una ausencia: a los nueve años, vi cómo la puerta se cerraba detrás de mi padre tras el divorcio, dejando un silencio definitivo que resonó en nuestra casa por años. Mi madre, con valentía y sacrificio, recogió las piezas rotas y comenzó a reconstruir nuestra pequeña familia.

A pesar de esa experiencia, siempre soñé con la familia que yo no tuve: una con mamá y papá, donde mis hijos pudieran disfrutar de su padre plenamente. Cuando conocí a quien hoy es mi esposo, nuestras conversaciones a menudo giraban en torno a la familia grande que formaríamos. Al casarnos, tomé una decisión llena de fe y esperanza: no usaríamos ningún método anticonceptivo. Estaba convencida de que si un bebé llegaba pronto, sería recibido como un niño o niña profundamente amado. Lo que no sabía era que el camino hacia ese sueño sería el desierto más largo y transformador de mi vida.

Pasaron los meses, y la preocupación comenzó a instalarse en mi mente. Aunque había leído que el embarazo no siempre llega tan rápido, la realidad de la espera era frustrante. Sabía que conseguir concebir es un proceso complejo: la probabilidad media por ciclo es solo del 17\% para una pareja sana, y las estadísticas muestran que hasta un 25\% de las parejas pueden enfrentar dificultades. Me aferraba a la esperanza de estar en el 75\%, pero a medida que el tiempo avanzaba, era evidente que algo no iba según el plan.

Al cumplir dos años de casados, tomamos la decisión que cambiaría nuestra vida: buscar a un especialista en fertilidad. Fue en ese consultorio donde, sin saberlo, comenzaba oficialmente este desierto que hoy nombramos infertilidad.

MÁS ALLÁ DE LA *Pérdida*

Comenzamos una serie de exámenes que, dolorosamente, indicaban que el problema residía en mí. El diagnóstico fue Ovarios Poliquísticos y Resistencia a la Insulina. Esto no era solo un nombre; era una cascada de consecuencias: infertilidad, menstruaciones irregulares, anovulación, desajustes hormonales y metabólicos. Pero, más allá de lo físico, traía consigo una carga emocional abrumadora: la ansiedad y la depresión se añadieron al diagnóstico, transformando la infertilidad en una batalla en todos los frentes.

Tras meses de intentos fallidos por la vía natural, decidimos dar el siguiente paso y junto al ginecólogo especialista en fertilidad, acordamos iniciar una Estimulación Ovárica, un tratamiento menos invasivo. El primer mes me sentí invadida por una emoción desbordante; la expectativa era altísima, sentía que por fin estaba cerca de lograrlo. Pero el tiempo avanzó, y ciclo tras ciclo, la esperanza se desinflaba.

Llegamos al quinto ciclo de tratamiento y mi fe era tal que lo di por sentado: este sería el mes. Planeé una sorpresa para mi esposo en un viaje a la playa, convencida de que sería el anuncio perfecto. Incluso mandé a estampar un body de bebé con el mensaje: "¡Vas a ser papá!" Pero justo al llegar a nuestro destino, con la emoción a flor de piel, mi cuerpo me dio la noticia antes que cualquier prueba. Fui al baño y vi la señal de la menstruación. El shock fue literal, físico. En ese momento, me rendí. Tiré la toalla y le grité a Dios que estaba agotada, que no quería seguir luchando.

Para cualquier mujer que camina por este desierto, esta sensación es profundamente familiar. Llega un momento en que el corazón ya no resiste más. Cada prueba negativa, cada tratamiento fallido, se siente como si nos arrancaran un pedazo del alma. No es solo un cansancio físico, es un agotamiento integral: mental, emocional e, incluso, espiritual. La fe es puesta a prueba. Comienzas a cuestionarlo todo: ¿Por qué el Señor retiene hijos aquí, mientras hay tantos niños abandonados, no deseados o fetos abortados en el mundo? ¿Se nos está castigando por algo que hicimos? Vemos parejas que parecen menos capaces y tienen muchos hijos. ¿Por qué nosotros, Señor?

Llegué a casa, me encerré en mi habitación y, en un acto de total rendición, le dije a Dios que ya no podía seguir. Le supliqué: si Él había decidido no darnos hijos, que me diera la fuerza para comprenderlo. Fue en ese momento de profundo agotamiento que escuché Su voz susurrante con una promesa: "En medio de tu desierto, Yo haré un Oasis." Aunque en ese instante no comprendí el significado completo, solo pensé: si llego a tener una niña, me encantaría que su nombre fuese Oasis.